



# La belleza de la mujer y la maternidad

Por el Doctor LUQUE  
de la Real Academia de Medicina

El maestro Rodríguez Marín acaba de cumplir ochenta y ocho años, y en tan larga vida ha producido mucho y bueno; y una de las cosas buenas que el ilustre director de la Academia Española ha hecho ha sido la colección de más de 40.000 refranes, de entre los cuales entresacamos uno que quisiéramos poner aquí con letras de oro: «La mujer que es madre: no es mujer, sino ángel».

Y no podemos ni debemos tomar este refrán en un sentido figurado, sino que es una realidad, no ya en lo que afecta a la parte anímica, puesto que siempre vemos en nuestra madre a un ángel lleno de perfecciones, sino que formas físicas de ángel

adquiere la mujer que logra el supremo anhelo de ser madre, con aquellas formas típicas que soñaron Fidias y Policeto.

La morfología femenina hay que considerarla, sí, como un conjunto estético, pero también como expresión visible del estado de salud de la mujer y de sus condiciones favorables para una normal vida sexual y su aptitud favorable o no a la maternidad.

Claro es que el concepto de la estética de la mujer varía según la época, la nacionalidad, e influyen en ello invisiblemente el clima y la raza. Los que ya vemos la juventud desdibujándose en el horizonte de los recuerdos, hemos pasado por épocas en que el concepto estético de la mujer ha variado tanto que ha pasado desde la mujer metidita en carnes hasta la mujer listón (por lo larga y delgada), y ambos extremos, quizá impuestos por la moda, ¡Cuán lejos del clásico canon griego de Praxiteles!

Es indudable que el canon estético no es canon médico y que el clásico biotipo femenino entra en el dominio del médico más que en el del artista: pero así como el pintor sabe buscar bellos efectos pintando paisajes de otoño, que al fin y al cabo es en la Naturaleza lo más cercano a la muerte, el médico deberá saber en el otoño de la Naturaleza lo que hay de belleza aprovechable y conociéndolos, conseguir y disimular aquellos efectos o imperfecciones que son como las hojas secas del otoño, para obtener de ellos el aprovechamiento no sólo en lo estético, sino en el mejoramiento de la maternidad allí donde nunca la hubo, convirtiendo el otoño en primavera.

En general, podemos considerar en la mujer el tipo delgado, el tipo obeso y hoy podemos añadir un tercero que llamaremos el tipo atlético.

En el *tipo delgado*, el desarrollo de la grasa es

deficiente y puede ser constitucional o adquirido bien por enfermedad o voluntariamente (con régimen y medicación especial). La delgadez constitucional presenta casi siempre un carácter familiar y racial y es compatible con una salud excelente; son activas y tienen una vitalidad considerable. Por el contrario, las mujeres que adelgazan, quemando no solamente sus reservas de grasa sino también sus masas musculares, es decir, no desaparece sólo el tipo adiposo, sino que se reducen sus músculos recordando la pasajera celebridad de María Duplessis (la dama de las camelias).

Opongamos a este cuadro el tipo opuesto, el terror, la mujer obesa! Podemos asegurar que las mujeres gordas lo son o por sobrealimentación o por vida sedentaria, bien que ambas cosas ocurren sin darse cuenta y a veces hasta con protestas cuando se les habla de ello.

Como dato curioso diremos a nuestras lectoras que en la mujer normal el peso de la grasa es diez por ciento del peso total del cuerpo, mientras que en la sobrecarga adiposa la grasa alcanza la cuarta parte del peso total del cuerpo, es decir, que una gorda de 80 kilos pasea por el mundo sus buenos 20 kilos de manteca.

En otras personas la grasa no está repartida por todo el cuerpo, sino que se acumula en algunos segmentos del mismo, el pecho, el abdomen, las caderas, etc., constituyendo esas morcillas que son el martirio moral de tantas mujeres que llegarán, si se descuidan, a ser jamonas, pero que en el comienzo tanto las favorece. ¡Oh matrona de Rubens!

El tipo atlético con hipertrofia muscular manifiesta aparente es raro en el sexo femenino y se refiere a ciertas profesiones o deportes practicados de una manera exagerada, pero es un tipo compatible con una salud excelente y perfecta.

Todos estos tipos sufren una evolución normal al compás de la vida, pues no hay que olvidar que desde el nacimiento al final de la vida el organismo sufre una constante evolución; la madre, la edad crítica, la vejez, la decrepitud. ¿Cómo vamos a pensar ni un solo instante en comparar a la mujer en estas distintas circunstancias? Cada hora tiene su afán, y cuando la mujer adulta llega a madre, tiene dos o tres meses en que su morfología puede no ser estética, pero con qué orgullo puede resistir esta pequeña prueba a cambio de sentirse en su seno a un futuro hijo!

Después le queda una forma menor de mujer, pero más de mujer, con más atractivos que antes, más consciente, y no olvidemos que una vez cuando tenía cada tres o cuatro años un niño se alegraba extraordinariamente porque que a cada hijo se rejuvenecía.